



Nofal, Rossana. "Las experiencias del cautiverio y las derivas del editor. Las divergencias del corpus entre Fray Servando Teresa de Mier y la construcción de Reinaldo Arenas". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, marzo de 2022, vol. 11, n° 24, pp. 44-51.

Las experiencias del cautiverio y las derivas del editor Las divergencias del corpus entre Fray Servando Teresa de Mier y la construcción de Reinaldo Arenas

Captivity experiences and the editor's digressions. Corpus divergences between
Fray Servando Teresa de Mier and Reinaldo Arenas' construction

Rossana Nofal¹

ORCID: 0000-0000-000-000

Recibido: 20/12/2021 || Aprobado: 02/02/2022 || Publicado: 21/03/2022

Resumen

Lo que sigue es, indudablemente, un recorte. Pero también una biblioteca de afectos que pone en evidencia la complejidad del conjunto, las contradicciones y las convergencias en el sistema literario latinoamericano. La escritura se instala en los modos de narrar la experiencia del presidio político y las estrategias de los sobrevivientes que devienen editores de su propio relato. Me interesa particularmente leer las tensiones y los cruces entre los personajes y los autores que se instalan en la tensión entre la *Carta de despedida a los mexicanos* de Fray Servando Teresa de Mier (1821) y la construcción de una vida novelada que propone Reinaldo Arenas en la novela *El mundo alucinante* (1965). Ensayo la organización de una colección de narrativas latinoamericanas sobre experiencias de cautiverio en las que la escritura del yo en primera persona deviene en divergencia, más allá de las lógicas binarias del testimonio como género canónico. La serie es heterogénea en su composición y da cuenta de un modo particular de organizar un sistema literario.

Palabras clave

Experiencia; cautiverio; divergencias.

Abstract

What follows is undoubtedly a reduction, but it is also a library of human affections that reveals the complexity of the whole, the contradictions, and the convergences in Latin American literature. The writing is then anchored in the different ways that the experience of political imprisonment can be narrated as well as the strategies employed by survivors turned into editors of their own story. I am particularly interested in interpreting the tensions and crossings between characters and authors that are lodged in the tension between the *Carta de despedida a los mexicanos*, Fray Servando Teresa de Mier (1821), and the construction of a fictionalized life as proposed by Reinaldo Arenas in the novel *El mundo alucinante* (1965). I then attempt to organize a collection of Latin American narratives centered on the experiences of captivity, in which first person writing derives into divergence beyond the binary logics of testimony as canonical genre. The series is heterogeneous in its composition, and accounts for a particular approach to the organization of a literary system.

Keywords

Experiences; captivity; divergences.

¹ INVELEC-CONICET-UNT. Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán; Profesora Titular en la cátedra de Literatura Latinoamericana 1 de la Facultad de Filosofía y Letras con extensión de funciones a la cátedra de Taller literario. Investigadora Independiente del CONICET. INVELEC (UE CONICET-UNT), Investigadora del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos (IIELA), Directora de la editorial de la Universidad Nacional de Tucumán, EDUNT. Contacto: rossana.nofal@filo.unt.edu.ar



“Lo más importante fue descubrir que tú y yo somos la misma persona” (Arenas 11). Lo que sigue es, indudablemente, un recorte. Pero es también una biblioteca de afectos que pone en evidencia la complejidad del conjunto, las contradicciones y las convergencias en el sistema literario latinoamericano. La escritura explora los modos de narrar la experiencia del presidio político y las estrategias de los sobrevivientes que devienen editores de su propio relato. Me interesa particularmente leer los cruces entre los personajes y los autores en la tensión entre la *Carta de despedida a los mexicanos* (1821) de Fray Servando Teresa de Mier² y la construcción de la vida novelada de fraile mexicano que propone Reinaldo Arenas en la novela *El mundo alucinante* (1965): “Querido Servando, desde que te descubrí, en un renglón de una pésima historia de la literatura mexicana, como ‘El fraile que había recorrido a pie toda Europa realizando aventuras inverosímiles’, comencé a tratar de localizarte por todos los sitios” (Arenas 11). El andar alucinado entre el territorio real, entre las cárceles americanas, las cárceles europeas y la fantasmagoría imaginaria se convierte en el punto de clivaje fundamental para organizar la denuncia de la sinrazón de la censura en la Cuba de Reinaldo Arenas y el testimonio de los sucesivos exilios políticos y físicos que comprometen al autor y a su personaje. Se percibe una migración desde la figura canónica del querellante en el género testimonial a la posición del editor, lógica de enunciación que diseña Fray Servando Teresa de Mier en la *Carta de despedida*. Entre ambos autores se inscribe la lógica de la persecución que los vincula entre la búsqueda y el hallazgo. “Y eso es suficiente para que algunos consideren que esta novela debe ser censurada” (12). *La Carta* se lee como el germen de la novela en donde el conflicto mayor es la divergencia del lenguaje. Esto implica ampliar un horizonte de lecturas donde el escándalo se opera en la pronunciación del sermón de Guadalupe. Comparto con O’Gorman (1978; prólogo a Teresa de Mier) la idea de que, al momento de la escritura de la carta, el fraile ya había cambiado de opinión en relación con lo sustancial de su tesis sobre el sermón, “a saber la predicación evangélica en el Nuevo Mundo por parte del apóstol Santo Tomás” (6). Es interesante sumar a esta sucesión de intervenciones de editores la figura de Edmundo O’Gorman con sus decisiones en relación con el sermón.

Porque Mier tuvo la audacia –quizás fuera mejor decir la ingenuidad– de aprovechar tan solemne ocasión para afirmar en presencia del Arzobispo de México, don Alonso Núñez de Haro, del virrey y de todas las autoridades y corporaciones de la ciudad, que la tradición aceptada acerca de las apariciones guadalupanas debería limpiarse de falsedades y enmendarse, porque la verdad era que la imagen de la Virgen no se había pintado milagrosamente en la tilma del indio Juan Diego, sino que tenía un origen mucho más antiguo y glorioso. Era, sí, pintura celeste, pero ejecutada en la capa de Santo Tomás apóstol, quien habría pasado a América en persona a predicar el evangelio. La venerada imagen constituía, pues, el principal testimonio histórico de esa predicación de la que, por otra parte, afirmó Mier, había innumerables y elocuentes huellas en los mitos, religión, costumbres y monumentos de los antiguos pobladores del Nuevo Mundo. El sermón –cuya tesis en lo esencial provenía de las extravagantes lucubraciones de un licenciado Borunda– le valió a Mier verse procesado en el tribunal eclesiástico; condenado en un edicto del arzobispo, y deportado a España con sentencia de diez años de reclusión en el convento de las Caldas. [...] Para salir del apuro decidimos incluir en su lugar esta *Carta de despedida*, porque es un texto breve en el cual el padre Mier recuerda en lo sustancial su tesis sobre el sermón, a saber la predicación evangélica en el Nuevo Mundo por el

² Carta de despedida a los mexicanos escrita desde el Castillo de San Juan de Ullúa por el doctor don Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra. Impreso en Puebla en la Imprenta Liberal de don Pedro Garamendia, año 1821.

apóstol Santo Tomás, si bien debe advertirse que, para la fecha en la que Mier escribió la *Carta*, ya había mudado de opinión acerca del origen de la imagen misma. (O' Gorman 6)

En este sentido, la escritura de la *Carta* recupera una imagen central de la figura de su autor: un editor que organiza diálogos transnacionales con una biblioteca amplia y variada frente a la necesidad de dar cuenta de la sinrazón de las múltiples experiencias de cautiverio. “La fecha de publicación puede ser tomada en cuenta como indicador de la tensión constitutiva de los escritos sobre la experiencia concentracionaria, por su doble carácter de restitución de una memoria, individual y colectiva” (Pollak 77). La construcción de una red de diálogos intelectuales con los historiadores peninsulares le permite narrar una experiencia concentracionaria desde la lógica de las simetrías y las claves de interpretación historiográficas más allá de las modulaciones heroicas de un sobreviviente. Ensayo, entonces, la organización de una colección de narrativas latinoamericanas sobre experiencias de cautiverio en las que la escritura del yo en primera persona deviene en divergencia más allá de las lógicas binarias del testimonio como género canónico. La serie es heterogénea en su composición y da cuenta de un modo particular de organizar un sistema literario.

“Al volver del otro mundo, que casi tanto vale salir de los calabozos de la Inquisición, donde *por así conviene* me tuvo archivado tres años el gobierno, me hallé con una gran variación en la ortografía” (Teresa de Mier 7). En las distintas experiencias hacia una historia de la literatura latinoamericana, la confrontación entre oralidad y escritura fractura las series aun en sus ordenadas lógicas nacionales. Teresa de Mier avanza sobre una lógica diferente frente a la necesidad de sostener una fonética particular del criollismo, con una gestualidad imperialista ante el avance español. La confrontación se instala entonces en el campo intelectual: frente a la recuperación de la libertad, lo que se percibe son las marcas en la lengua. “Esta carta se reduce a suplicar por despedida a mis paisanos anahuacenses recusen la supresión de la x en los nombres mexicanos o aztecas que nos quedan de los lugares, y especialmente de México, porque sería acabar de estropearlos” (8).

La tensión con la metrópolis implicada en las configuraciones de centros, periferias y literaturas marginales determinó fronteras con objetos críticos y dominios borrosos. Antonio Cornejo Polar, al referirse a la literatura peruana, señalaba, en 1996, que “varias categorías se han usado para dar cuenta de este enredado corpus [...] algunas, como las de mestizaje parecen haber agotado casi toda su capacidad iluminadora” (Cornejo Polar 838). Frente a esta imposibilidad de una historiografía lineal se compromete con la construcción de herramientas complejas que le permiten identificar un sujeto y un discurso migrante, “radicalmente descentrado, en cuanto se construye alrededor de ejes varios y asimétricos, de alguna manera incompatibles y contradictorios de un modo no dialéctico” (841).

Un año antes, en 1995, Walter Mignolo había formulado la pregunta por esa zona media que existe entre el canon y el corpus: “Hay una diferencia radical entre canonizar *Biografía de un cimarrón* (o ejemplo semejante) con la buena voluntad de hacerlo ingresar al panteón de los estudios literarios, por un lado, y liberar los estudios literarios de las garras del canon para abrirlos a las incertidumbres del corpus” (Mignolo 24). Es en ese lugar de lo incierto donde ubica las narrativas testimoniales. Reserva para el corpus una gama amplia e importante de prácticas discursivas plurilingües y multiculturales mientras construye la posibilidad de pensar en cánones paralelos, coexistentes y mutuamente alternativos. La movilidad de un lugar al otro dependía, en esta constelación crítica, del poder ejercido por los sujetos del discurso y de la institución que los apoya y los promueve en el espacio social. Si el canon presupone la letra (alfabética) escrita, el corpus acoge la variedad de prácticas discursivas que, para los estudios literarios, habían quedado ocultas bajo el brillo de la letra y la literatura. Es indudable que en

estos diálogos el testimonio como género queda, de alguna manera, fuera del juego. Se trataba de una recurrencia difícil de ubicar y, en todo caso, más próxima a la antropología que a la literatura como institución. Los principales problemas teóricos del género son las posibilidades de representación de la voz en la escritura de los sujetos subalternos. Por otro lado, se suma la intervención política del intelectual, en esta operación disgregada y contradictoria que surge de la experiencia “en bruto” de una entrevista inicial. Teresa de Mier y Arenas se vinculan en la lógica de ser sujetos y discursos migrantes más allá de los exilios políticos. Las palabras se cruzan en los horizontes y construyen una trama mucho más compleja para dar cuenta de las condiciones del sobrevivir. Pollak sostiene que todo testimonio necesita de marcos sociales para su emergencia y escucha: “Una vez roto el tabú, una vez de las memorias subterráneas logran invadir el espacio público, reivindicaciones múltiples y difícilmente previsibles se acoplan a esa disputa de la memoria” (Pollak 20). El testimonio del cautiverio es, para Teresa de Mier, la escritura de una carta de despedida; en Arenas, las cartas sobre sus divergencias se inscriben en la ficción del sentido de naufragio y migraciones de la novela: “Tenía que escribir cientos de cartas, tenía que denunciar el crimen que conmigo se había cometido [...] La justicia no existe donde el gobierno está en manos de los poderosos. Y mis cartas no fueron leídas” (Arenas 65).

Reinaldo Arenas suma una nueva vuelta de tuerca al género del testimonio cuando incorpora los archivos: “Revolví bibliotecas infernales” (11). Toma distancia de la narración maestra que circula en muchas de las interpretaciones sobre el género en las que el testimonio parece surgir de una interpretación intelectual solidaria que se presenta luego como la exposición del sentir de los subalternos. En Arenas, el testimonio es archivo y biblioteca. La clave de la lectura de las fuentes valida la conjetura con un recorte subjetivo sobre el croquis narrativo de la ficción testimonial.

Sólo tus memorias, escritas entre la soledad y el trajín de las ratas voraces, entre los estallidos de la Real Armada Inglesa y el tintinear de los mulos por los paisajes siempre intolerables de España, entre la desolación y el arrebato, entre la justificada furia y el injustificado optimismo, entre la rebeldía y el escepticismo, entre el acoso y la huida, entre el destierro y la hoguera; sólo ellas aparecen en este libro, no como citas de un texto extraño, sino como parte fundamental del mismo, donde resulta innecesario recalcar que son tuyas; porque no es verdad, porque son, en fin, como todo lo grandioso y grotesco, del tiempo; del brutal e insoportable tiempo que en estos días te hará cumplir doscientos años. (Arenas 12)

La gestualidad del testimonio configura muchas de las escenas literarias latinoamericanas. Si el azaroso discurso migrante generaba tensión en el desplazamiento, el discurso testimonial de los sobrevivientes encuentra lugares desiguales en los que sabe que puede hablar porque la experiencia de lo vivido organiza, paradójicamente, la legitimidad del relato, pero también su sospecha: héroes o traidores, hundidos o salvados: “Y eso es suficiente para que algunos consideren que esta novela debe ser censurada” (Arenas 12). Voces de memoria que pueden ser insondables, grises, incómodas y abruptas frente a las narrativas heroicas de la reparación histórica. Como hemos analizado en otras oportunidades, las variables de la militancia, el delito de estado y los juicios civiles instalan nuevas preguntas sobre el género y nuevos cuentos sobre sus personajes. Hablar sobre el testimonio como género origina una confrontación con la literatura y sus oficios. Si en el relato la búsqueda de sentido es lo que caracteriza al narrador, en el testimonio el lugar de las víctimas de la violencia y su palabra se configuran en experiencia. Es la *escucha ajena al yo del testimonio* lo que permite entender y tramitar las consecuencias subjetivas de la violencia. El diálogo entre Reinaldo Arenas y su sí mismo devenido en personaje de Fray Servando Teresa de Mier implica una lógica divergente en la

organización del corpus literario articulando relecturas de zonas ensombrecidas en los textos ya conocidos. Rosetti, al referirse a las complejidades y rugosidades de la figura del fraile habla de sus oficios en la edición del saber ilustrado. Suma los empeños en la configuración del proyecto de una comunidad transatlántica de historiadores que

se encauza, en los escritos de Mier, a modo de refutación de la severa crítica que le hace Uribe en su dictamen sobre la falta de rigurosidad histórica al plantear la identidad entre la predicación del apóstol Santo Tomás en América y la venida de Quetzalcoátl al Anáhuac. (Rosetti 26)

La serie que se organiza entre la divergencia de ambos autores supone la constitución de un corpus que permite exponer el desdoblamiento del autor en personaje, a la vez que recupera una tradición inscripta en el sistema literario: la escena inicial del testimonio. En la primera delimitación del género, la literatura confrontaba con el testimonio su modo ficcional. Los tropos de la historia, metáforas y metonimias, “corroían” el mandato político de veracidad/fidelidad en el relato de los hechos. Por otro lado, la literatura delegaba en el testimonio los temas de memoria del pasado reciente. Si la pregunta se reinstala en el corpus y en sus movimientos y cruces, la memoria deviene en metodología: contingencia de rompecabezas, imágenes incompletas, zagas y evidencias que se enfrentan a lo ocurrido o lo negado por los efectos devastadores de la violencia represiva, explícita y clandestina. La apertura del corpus implica reconstruir escenas diseminadas en las que un testigo intercambia el saber de experiencia con el saber de la escritura que le permita el acceso a la cultura letrada: “De modo que caíste en el veneno de la literatura y revolviste polillas y papeles sin encontrar nada” (Arenas 33). La negociación es desigual e implica una construcción sexual divergente.

En los textos de la serie hay una escena testimonial común en la que el enunciado de un sobreviviente busca la figura de un autor letrado y memorioso para construir su legado: “El negro me tomó a mí también. Y de nuevo nos vimos lanzados al vacío. [...] Esta es la *segunda tierra del amor*. Y no te guíes por el orden que te doy, que sólo es una necesidad de la narración” (100). La escritura se figura como reparación en escenarios diferentes y altera tanto los protocolos heroicos como la ficción de una sexualidad ordenada.

A los pocos minutos salí desnudo y echando un pie, me deslicé por la escalera trasera de la capilla y me refugié en los brazos del padre Terencio [...] Se sentó en mis piernas. Yo, viendo esto, eché a correr de nuevo, y no sabiendo qué hacer, volví a salir a la calle. (Arenas 26)

En esta deriva narrativa, la modelización fuerte del autor en términos de un yo figurado se desdibuja sobre un fondo contrapuesto a un modelo débil del testimonio escrito por delegación ante la inminencia de la muerte: “Y así fue que, poco a poco, entramos en lo que yo llamé *el país de la desolación*” (Arenas 103). El centro autoral tiene las marcas del sobreviviente y se inscribe en una genealogía anclada en la historia literaria y política de Cuba inscripta en el anticipo de su propio suicidio.

Ayudado por el muchacho salí de aquel hueco, y le pregunté, señalando hacia el ahorcado, que por qué lo había hecho. ‘Lo has interrumpido cuando estaba escribiendo su gran obra, y eso le costó la vida’. Yo sentí que el cielo se me venía encima; había sido el causante de un suicidio. Pero el muchacho, que adivinó mis meditaciones, repuso: ‘No te preocupes, que esto hombre jamás hubiera terminado su obra, no olvides que estás en la tierra de los que buscan, y, por lo tanto, nada encontrarán’. Pero, ¿no dices que era una

obra maestra? ‘Precisamente por eso nunca la hubiera terminado’, me contestó el muchacho. Y yo, aunque no quedé muy convencido, seguí andando. (Arenas 103)

La literatura colonial es cantera de representaciones múltiples y diálogos diversos. Ya Walter Mignolo advertía un problema metodológico al señalar que los estudios literarios “se auto-presentan y auto-definen por la manera de analizar las prácticas discursivas y no por la *cualidad literaria* de las prácticas discursivas que analizan” (34). Este enunciado implicaba nuevas formas de exclusión: “Bajo el callado espejismo de un sujeto trascendental, pierde su unidad e identidad en el movimiento fractal que lo mueve de las pasiones culturales a la razón disciplinaria, de sus preferencias en el canon a sus elecciones en el corpus” (34). A partir de estas certezas, propongo una lectura literaria en tensión y conflicto entre temporalidades diversas desde el interior de cada uno de los textos problematizando la relación entre la obra de arte y la exterioridad más allá de los contextos nacionales. Es decir, una crítica inmanente de los textos y la lectura a contrapelo en clave de los postulados de Walter Benjamin, cuando afirma que al interpretar los detalles es posible interpretar el todo. “Todo conocimiento del objeto es simultáneamente el propio devenir de este objeto mismo” (Benjamin 93), dice Benjamin en su capítulo sobre la teoría temprano-romántica del conocimiento de la naturaleza. La idea de conocer preocupó a los primeros románticos de manera especial y la misma lógica compromete tanto a los objetos naturales como a las obras de arte. En esas configuraciones de una teoría del conocimiento objetivo aparece “interpenetrada recíprocamente” entre ambos universos en los que el devenir compromete la reflexión crítica como un oficio impreso en dos movimientos: la actividad espontánea y el pensamiento de sí mismo.

En la pregunta sobre qué discurso adoptar para hacerle justicia al objeto, Benjamin propone una crítica inmanente al texto, que intensifica la obra en tanto está en germen dentro de ella, “a pesar de una frecuentemente penosa diligencia en el detalle [...] sin embargo, en el conjunto, no se trata tanto de emitir un juicio como de comprender y explicar” (117). Reformulo en este punto la categoría de “literatura divergente” diseñada por Antonio Cornejo Polar ante la urgencia de constituir una crítica con signo latinoamericano capaz de leer la conflictividad implícita en una literatura producida por sociedades internamente heterogéneas. En un corpus divergente, a la escucha ajena del testimonio se le suma la mirada y las preguntas se multiplican. Hay un modo particular de percibir cuerpos, escritura e identidades móviles. Por otro lado, hay una certeza de la desaparición de los cuerpos y la perdurabilidad del legado de la escritura.

Por si mis perseguidores dieron fin a mi vida en las prisiones, o así como no dejan correr, porque les amargan las verdades, la dicha Historia de la revolución; sepultaren todo lo que escribí en la Inquisición sobre estas antiguallas gloriosísimas de nuestra patria, pondré aquí dos noticias curiosas, para que en tales investigaciones sirvan de guía a otros anticuarios. (Teresa de Mier 12)

El proyecto narrativo se lee a contrapelo en el mismo archivo del mundo masculino y su mimesis militante: en términos de memoria, las disputas están ancladas en el conflicto y las temporalidades son múltiples canteras que fundan nuevas narrativas: los cuadernos de la inquisición o los prontuarios policiales. Las herramientas son variables y las fronteras se desplazan en una nueva estética entre los cuerpos y su animalidad. Las metáforas de la violencia política se resignifican en el cruce de la masculinidad heroica y decimonónica. Los personajes son bisagras de otros personajes, entre una interpelación al brutal silenciamiento de las diferencias: “Mucho escribí sobre esto en la Inquisición y aún mucho más me queda por decir” (Teresa de Mier 13).

Entre la carta y las memorias de un andar alucinado se juega una tensión sutil en el campo de las palabras: “Encerrado en este Castillo no he podido apurar la verdad” (Teresa de Mier 8). Si bien el sistema literario latinoamericano había apelado en sus formas más complejas a la categoría de heterogeneidad para dar cuenta de lo múltiple y lo variado, la pastoral sexual continuaba ordenada en las ficciones fundacionales y las transgresiones al tabú se pagaban con la condena al olvido y sus soledades: es la palabra que falta. Los personajes en un corpus divergente, biblioteca de sobrevivientes y derrotero de víctimas en la literatura latinoamericana iluminan un nuevo punto de conflicto en la disputa por la lengua, la escritura y el territorio.

Y era como un verdadero monumento, donde cada piedra ocupaba justamente el espacio indicado, sin que sobresaliese ni la más mínima rajadura. Pero sucedió que de pronto, cuando la composición concluía, el poeta cesó en su lectura, y nos dejó en suspenso: aguardando el final al que sólo le faltaba una palabra. Pero la palabra no se dijo. Y fue como si después de haber saltado un gran precipicio y estar ya en la otra orilla, resbalásemos con un pequeño pedrusco y fuéramos a dar al vacío. Así que nuestro gran poeta dobló otra vez sus papeles, ya amarillentos, y luego de una gran inclinación se marchó murmurando: ‘Vencido’. ‘Tormento’. ‘Estancia’. ‘Extremos’. ‘Tinieblas’. ‘Manos’... Y así iba repitiendo y desechando palabras y más palabras, como quien buscase en una playa una concha imaginaria, y sólo tropezase con las verdaderas. (Arenas 105)

La palabra que falta se inscribe entre la imaginación y la verdad; Teresa de Mier es un personaje de Arenas y un intercambio múltiple en un repertorio de palabras. “Y yo mismo me puse a rebuscar en mi vocabulario: ‘Tristeza’. ‘Huida’. ‘Encierro’. ‘Hoguera’” (Arenas 105). Ambos autores editan sus memorias en busca de un lector extraño, plural y lejano: “Los parámetros ligados a la persona no son los únicos determinantes de una publicación autobiográfica. Ésta, en efecto, está subordinada a condiciones que autorizan esa forma de expresión pública de la vida privada” (Pollak 76). Las migraciones sucesivas permiten la emergencia de las memorias individuales en tanto se conciben como memorias subterráneas de una divergencia sexual. Las fronteras entre el adentro y el afuera de las cárceles se desdibujan en un mar. Las múltiples escenas de las caídas esconden su doblez de escape perpetuo: “Te escapas por la cerradura. Te cortas las manos y las siembras. Huyen. Huye. Huye. Con estas manos no volverás a cortar ningún árbol” (Arenas 18). Fray Servando Teresa de Mier y Reinaldo Arenas se implican en la lógica narrativa de personajes, autores y editores. Son divergentes e incómodos frente a la tradición modernista de la representación de la alteridad en las fronteras nacionales. Entre las violencias de clase y los abismos identitarios de las experiencias concentracionarias, se construyen con una escritura en las orillas de textos más allá de las figuraciones canónicas. La literatura, una vez más, tiene la palabra entre las pasiones de la razón disciplinaria, las preferencias del canon y las sutiles divergencias en el corpus.

Obras citadas

- Arenas, Reinaldo. *El mundo alucinante*. Montesinos, 1982.
 Benjamin, Walter. *El concepto de crítica de arte en el Romanticismo alemán*. Península, 2000.
 Cornejo Polar, Antonio. “Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrantes en el Perú moderno”. *Revista Iberoamericana*, vol. LXII, n° 176-177, julio-diciembre 1996, pp. 837-844.

_____. *Sobre literatura y crítica latinoamericana*. Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1982.

- Mignolo, Walter. "Entre el canon y el corpus. Alternativas para los estudios literarios y culturales en y sobre América latina". *Nuevo texto crítico*, 14-15, 1995, pp. 23-36.
- Pollak, Michael. *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite. El testimonio*. La Plata, Ediciones al margen, 2006.
- Rosetti, Mariana. "La persistencia de la reflexión crítica: Fray Servando Teresa de Mier y sus polémicos abordajes de la tradición guadalupana". *Cuadernos del Sur*, 45, 2016, pp.9-36.
- Teresa de Mier, Servando. "Carta de despedida a los mexicanos". *Ideario Político*, Prólogo, notas y cronología de Edmundo O' Gorman, Fundación Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. 5-16.